

MATT COHEN

El
Médico
de Toledo

El destino de una familia judía
perseguida por la Inquisición

Traducción:
CARLOS SCOLA

 EBOBOL



Océano Atlántico

Colonia
Mainz

París

Bordeaux



Lyon
Aviñón



Montpellier
Bolonia
Barcelona

Madrid

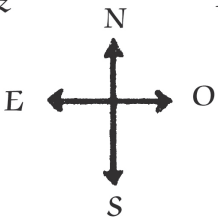
Toledo
Córdoba
Granada

Lisboa

Fez

Argel

Túnez





Joan Affleck

Prólogo

EN EL OTOÑO de 1347 un indeseado visitante se presentó en Europa. Lo portaron los marineros: algunos llegaban muertos, otros bajaban a tierra con fiebre, con las axilas y las ingles llenas de úlceras negras y con una respiración tan fatigosa que ahuyentaba incluso a las gentes de carácter más compasivo.

Desde los puertos de mar, la peste negra avanzó con rapidez hacia el interior del continente. En dos años había abatido a más de veinte millones de personas.

Entre sus víctimas se contó, en el año 1350, el rey Alfonso XI de Castilla.

A la muerte de Alfonso, subió al trono su hijo mayor, Pedro. El recién coronado rey, para asegurarse una sucesión sin peligros y la estabilidad del reino, despachó agentes que envenenaron, acuchillaron o ahogaron a sus numerosos hermanos y primos. Pero, a pesar de los celosos planes de Pedro, un hombre que debería haber sido su víctima escapó con vida: su hermanastro, Enrique el Bastardo. Mientras sus parientes de mayor alcurnia eran enviados a la eternidad, Enrique efectuó una discreta retirada a Francia. Allí se convirtió en amigo y cómplice de Bertrand du Guesclin, general francés que había prestado útiles servicios a su país en las victorias de este sobre Inglaterra durante la guerra de los Cien Años, y conocido organizador de aquellos ejércitos mercenarios, *las grandes compañías*, que asolarían Europa como una segunda plaga.

Entretanto, en Toledo reinaba Pedro el Cruel y la vida seguía su curso.

En el barrio judío nadie dudaba de que Toledo, la Nueva Jerusalén desde hacía ya varios siglos, fuese un hogar seguro para los seguidores del Dios hebreo. Pedro el Cruel, como había hecho su padre, pronto llegó a depender de los banqueros judíos para recolectar los impuestos y conservar la lealtad del ejército. Tan tolerante era Pedro con sus súbditos semitas que Toledo se convirtió en un refugio para judíos de toda Europa.

En 1355, cuando se casó Ester Espinosa, el barrio judío de Toledo tenía tantos habitantes de familias emparentadas entre sí como flores adornaban sus jardines. En la ciudad había un total de doce sinagogas, incluyendo el nuevo y esplendoroso templo recientemente construido por el príncipe Samuel Halevi, principal consejero del rey Pedro para asuntos financieros. Algunas estaban en el barrio antiguo, donde Ester residía con su marido, un primo lejano del príncipe Samuel. Pero también había sinagogas en la parte nueva, donde otros quince mil judíos vivían a la sombra de la gran muralla que rodeaba la ciudad desde los tiempos de Roma.

Tres meses después de la boda entre Ester Espinosa e Isaac Aben Halevi, Enrique el Bastardo entró de nuevo en Castilla a la cabeza de una tropa de mercenarios y puso sitio a la ciudad. Las quejas de sus soldados no tardaron en dejarse oír, protestaban por el hambre y el aburrimiento. Finalmente, uno de los espías de Enrique consiguió encontrar entre la guardia de los asediados quien aceptara su soborno: las puertas de la nueva judería se abrieron y, mientras los habitantes de la parte vieja tomaban las armas para su agónica defensa, prácticamente todo judío del barrio nuevo era pasado a cuchillo.

Pero cuando las fuerzas de Enrique intentaron tomar el resto de la plaza, encontraron una fuerte oposición. Tras sufrir cuantiosas pérdidas, Enrique se retiró.

Catorce años después, en 1369, por fin se le presentó a Enrique la oportunidad de desquitarse. Desde su última visita, el reino de Pedro había encogido hasta incluir poco más que solo la propia Toledo.

Debilitado y empequeñecido su poder, Pedro intentó evitar la destrucción de la ciudad, saliendo al encuentro de las fuerzas de Enrique en una llanura bien apartada.

Bastó un breve combate para que el ejército de Pedro se viese superado en todos los flancos. Para mayor humillación, a Pedro le ordenaron esperar, rodeado por las tropas de su hermanastro, hasta que Enrique en persona se acercase a imponerle los términos de la inevitable capitulación.

Uno de los oficiales de Pedro era Isaac Halevi, el marido de Ester Espinosa. Un soldado que nunca había matado a nadie y cuya única reputación se basaba en el talento para analizar ancestrales asuntos teológicos. Preso de los nervios y a la vera de su rey, Isaac vio a Enrique, vestido con armadura completa, desmontar de su caballo y aproximarse a su medio hermano.

–Detente –gritó Pedro.

–Deberías haberme matado como a los otros –replicó Enrique.

–En nombre de la cristiandad, te conmino a...

–¡Iluso! –le interrumpió Enrique, apenas capaz de andar con la armadura y seguido por el afamado hombre que se había convertido en su sombra: Du Guesclin. Un individuo moreno, chato, seguro de sí mismo al estilo francés, arqueado de piernas de tanto cabalgar y tan corto de estatura que su enorme espada le hacía parecer un niño.

–Es mi último aviso –dijo Pedro con un hilo de voz.

Pero en ese instante Enrique, sin mediar más palabra, se abalanzó sobre él, lo derribó y le golpeó la cabeza contra el arenoso terreno.

Por primera vez desde el inicio de la batalla Pedro pareció recobrar su energía y volvió a ser él mismo. Profiriendo un terrible alarido, contraatacó lanzándose con las manos desnudas a subyugar a su pariente y despojarlo de su armadura.

Durante unos momentos insólitos, los dos hombres lucharon en el barro, agarrándose y arañándose el uno al otro, con las voces transformadas en aullidos animales, mientras se

desataba el odio de toda una vida, alcanzando su máxima expresión.

Hasta que Du Guesclin intervino. Pues, mientras ambos reyes peleaban por el suelo como gatos en celo, levantó su afilada y reluciente espada y, en cuanto vio la ocasión, la dejó caer con todas sus fuerzas, haciendo rodar por el polvo la cabeza de Pedro el Cruel.

Isaac Aben Halevi apartó los ojos del cercenado cuello de su depuesto rey. Sintió un vuelco en el estómago. Luego se escabulló temblorosamente entre la soldadesca y echó a correr.

TARDÓ DOS DÍAS en llegar de nuevo a Toledo. Pero el avance de las tropas de Enrique de Trastámara era todavía más lento. Las marchas diurnas iban acompañadas de largas celebraciones nocturnas. E Isaac, desde una atalaya en la muralla toledana, seguía ahora atentamente los movimientos del ejército triunfante.

En el atardecer del día en que solo una jornada de marcha separaba al invasor de la ciudad —que para entonces ya se había rendido oficialmente—, Isaac continuaba en su puesto de observación. En torno a la villa serpenteaba el río Tajo. Y, mientras Isaac intentaba infundirse a sí mismo un poco de valor, el sol poniente teñía con sus violentos colores la superficie de las aguas. Cuando el sol se hundió del todo tras la línea del horizonte, el cielo entero pareció llenarse de sangre, como un enorme corazón que después, poco a poco, va vaciándose y drenando su savia, hasta quedarle tan solo completa negrura.

La oscuridad aumentó. Los fuegos de campamento comenzaron a brillar en la lejanía. Pronto el aire estuvo inundado de alargadas y caprichosas cintas de humo.

Isaac Aben Halevi descruzó las piernas y se puso de pie sobre la muralla. Hoy podía relajarse. Los soldados comerían y beberían hasta desfallecer. Mañana tendrían tiempo de preocuparse por las batallas que los esperaban.

Esa noche, confortada por su marido, Ester concilió un sueño profundo, del que solo le sacó un estruendoso batir de golpes a las puertas del barrio judío. Mientras se vestía y vestía a los niños, su hermano Meir irrumpió en la casa, sin poder apenas articular palabra. Ofrecía su vivienda, más grande que la de ellos y precipitadamente fortificada con piedras y maderos, para el cobijo de toda la familia.

Meir se apresuró a volver con los suyos, dejando que los Halevi recogieran sus enseres indispensables. En pocos instantes, estos salieron a la calle. Estaba en absoluto silencio.

Cuando las tropas aparecieron por una lejana esquina, Isaac, Ester y sus tres hijas formaban un apacible corrillo.

—Mirad —dijo Ester, señalando a los soldados que corrían hacia ellos como demonios de rostro colorado en una función de carnaval. Y ahí la burbuja de la inocencia se desvaneció. Mientras Ester aullaba de pavor, su marido era masacrado.

La calle que poco antes parecía un escenario vacío de repente se convirtió en un lugar de pesadillas. Gritos de dolor y muerte resonaban en el escaso espacio entre los edificios, que ardían por todos lados. La violaron de una forma tan repentina que, mientras se esforzaba en volver a ponerse en pie, Ester apenas era consciente de lo que le había pasado. Porque estaba completamente inmersa en las imágenes que veía: los cuerpos mutilados de sus familiares esparcidos por la calle; los ojos inertes de su marido, mirándola, como un testigo mudo y complaciente que aún abrazaba contra su pecho a sus hijas, para evitar que se enterasen de lo que había sucedido.

Ester corrió calle abajo, buscando la muerte. Pero los soldados le negaron la espada y únicamente volvieron a violarla, una vez y otra, y otra... hasta que la huella de los ojos de su marido se borró de su mente por un rato.

Cuando volvió a recuperar la conciencia, ya estaba amaneciendo. Había gateado de vuelta hasta sus hijas, en los brazos de su marido. Y se arrastró sobre sus cuerpos. Ebria del frío olor de la muerte, creyó haber muerto con ellos,

hasta que sintió que alguien le echaba una manta sobre los hombros.

Se volvió lentamente, sin comprender todavía que había vuelto a despertar en el mundo real. Vio cómo el rostro del extraño se contraía de horror al contemplarla. Él gritó, pero ella permaneció en silencio. Cual naipe al que dan la vuelta, el recuerdo de la noche anterior retornó a ella.

—Estoy bien —dijo, envolviéndose en la manta para no seguir hiriendo la sensibilidad del extraño—. No se preocupe por mí.

Las siguientes semanas Ester las ocupó, como la mayoría de los judíos de Toledo, en llorar a sus muertos. Aunque no sentía ninguna vergüenza por lo que le había ocurrido, tampoco comprendía por qué había sido sentenciada a continuar viviendo, mientras a otros se les permitió morir. Pero, cuando descubrió que estaba embarazada, todas las dudas acerca de sí misma se disiparon. Aquel niño, deseado o no, era ahora su futuro.

«Estamos condenadas a vivir», solía decirles a todas aquellas conocidas que también habían sido hechas madre a la fuerza en la noche del gran terror. Entre ellas estaban su mejor amiga, Naomi de Hasdai, y su cuñada Vera, a quien habían sacado a rastras de la casa de Meir Espinosa, mientras él, ignorante de ello, se escondía en un armario.

A los rabinos de Toledo no les gustó la expresión de Ester. «Estamos condenadas a vivir» se había convertido en una especie de contraseña entre las mujeres que iban a concebir a quienes serían, de acuerdo con la ley judaica, que había aprendido a afrontar este tipo de eventualidades hacía mucho tiempo, niños judíos.

—La vida no es algo a lo que uno esté condenado —señaló el rabino David de Estiba—. La vida debe vivirse con esperanza.

—¿Esperanza? —Ester no alcanzaba a creerse que alguien hubiera pronunciado una palabra tan ridícula—. ¿Qué es para usted la esperanza?

–La vida humana rezuma esperanza –contestó el rabino.

–¿Y la de Dios?

Se produjo un tenso silencio, mientras David de Estiba, eminente jurista, buscaba su respuesta. Ester sintió que una nube densa y pesada descendía sobre ellos, como si Dios mismo estuviese esperando atentamente, para ver lo que unos diminutos mortales, unos don nadie cuyos corazones llenos de dudas parecían pajarillos perdidos en su cielo, pensaban acerca de él.

–Dios es Dios –acertó a concluir el rabino.

Cuando nació su hijo, Ester sintió que el corazón se le rompía. Hasta ella, que se había atrevido a celebrar públicamente la llegada de estos niños fruto de un suceso indeseable, se sorprendió ante la fuerza de su amor. Era como un río que fluía desde el corazón de ella, hacia el del pequeño ser. Un río que no solo crecía cada vez que mantenía a la criatura junto a su pecho, sino también cuando el niño se apartaba de ella. Un río cuyo curso cambiaba, pero que seguía discurriendo siempre, sin disminuir nunca su caudal.

Llamó al recién nacido Abraham Espinosa Halevi. No era hijo de su marido. Sin embargo, crecería para vengar su muerte.

Ester Espinosa de Halevi tampoco había olvidado las palabras del rabino. Seguía diciendo «Estamos condenadas a vivir», pero ahora añadía «aunque debemos permitir que los niños conozcan la esperanza». «Si son fruto de un error –decía–, entonces que sean conocidos como Errores de Dios.»

Y así los llamaban, mientras sus madres, que solían agruparse buscando apoyo, los veían jugar en la Nueva Jerusalén de Toledo. Tres de estos niños, Abraham Halevi, Gabriela Hasdai y Antonio Espinosa, nacieron el mismo día.

Siete años después, en el aniversario de la noche del terror, el barrio fue atacado de nuevo. En esta ocasión las turbas no estaban compuestas de soldados, sino de campesinos. Culpan a los judíos de los altos precios de los alquileres, que causaban su ruina.

Una vez más, Ester Espinosa de Halevi fue asaltada junto a su casa. Pero ahora tenía entre sus brazos a Abraham y una daga escondida en la mano, lista para hundirse en el corazón del niño y después en el de ella. Mas no tuvo tiempo de reaccionar.

Le arrebataron a Abraham y lo lanzaron al suelo de un golpe tan violento, que Ester pudo ver la sangre manando de su nariz, antes de que cayera.

—Arrodíllate—le gritaba al niño un enfurecido campesino—. Arrodíllate ante la Virgen.

Mientras Ester lo observaba, Abraham rehusó con un leve gesto de cabeza. Hasta que ella empezó a arrodillarse, con la esperanza de que su hijo la imitase.

Uno de los atacantes sostenía una cruz y una estatuilla de la Virgen María. El otro levantó su espada, amenazando con partir en dos el cráneo de Ester Espinosa Halevi si osaba interrumpir a Abraham, que ahora juraba fidelidad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...

LIBRO I

Toledo

1391

1

COMO UN EJÉRCITO de diez mil lanceros fantasmagóricos, el humo de las cocinas de Toledo se elevaba en el oscuro aire del atardecer y, desde lo alto de la muralla, Abraham Halevi notó que sus tripas respondían a esta coral de carne en el asador. A espaldas de la muralla, empinadas laderas cubiertas de hierba bajaban hasta el río Tajo. En la penumbra, la hierba parecía negra como la noche.

Unos cuantos niños azuzaban a las cabras y gallinas remolonas para conducir las hacia la seguridad del perímetro amurallado.

Los balidos nocturnos del ganado se confundían con las voces que venían de la ciudad, formando un murmullo tranquilizador. Desde la orilla de enfrente, los sonidos que llegaban del gigantesco campamento de la feria de verano también denotaban que ese día estival estaba tocando a su fin. Abraham acababa de volver a casa, tras dos años en la escuela de medicina de Montpellier.

Sintió que su cuerpo se adaptaba al familiar ritmo del lugar, acomodándose a él tan perfectamente como un bisturí a la mano diestra de un maestro cirujano.

Dos años en Montpellier. Ahora ese lapso parecía haberse evaporado. Solo la vista era diferente. Antes de irse, desde la muralla exterior de la ciudad se veían unos meandros del río y tras ellos la planicie, hasta los confines del mundo. Entonces Abraham había sido como un niño protegido en la oscuridad del útero materno. Un niño que rezaba a ciegas para que, más

allá de la oscuridad del miedo y la superstición, existiera un mundo claro y nuevo.

–Maese Abraham, por favor, os traigo un recado urgente.

La voz le sobresaltó y Abraham Halevi se volvió con la mano puesta instintivamente en la daga que siempre portaba consigo.

–Maese Abraham, por favor. –Unos peldaños por debajo de él, había un muchacho con el rostro cubierto a medias.

–¿Qué quieres?

–Cierta persona me ha encargado llevaros a su casa. Pero necesitaréis vuestro instrumental médico.

Abraham se puso en pie. Bajo la capa escondía sus cuchillos quirúrgicos y, atado a la cintura, llevaba un pequeño morral con bolsas de remedios en polvo que le había preparado Ben Isaac a partir de unas recetas transmitidas hasta él –según aseguró– a través de decenas de generaciones que se remontaban hasta el principio de los tiempos.

–También me han pedido que os diga que podría ser peligroso –añadió el chico– porque tenemos que salir del barrio.

Mientras bajaban la ladera y emprendían la caminata, Abraham pudo observarlo con mayor detalle. Solo tendría unos diez años menos que él y un incipiente bigote empezaba a ensombrecerle el labio superior. El muchacho le resultaba vagamente familiar. No había duda, pensó Abraham, de que en los viejos tiempos lo habría reconocido fácilmente. Pero hacía menos de una semana de su vuelta de Montpellier, y los niños cuyos nombres había pronunciado tantas veces en el pasado ahora se habían convertido en un torbellino de adolescentes que alborotaban con sus juegos y chiquilladas las concurridas calles del barrio judío.

A paso ligero, en breve llegaron a la puerta que separaba la zona hebrea del resto de la ciudad. Las palabras del muchacho para Abraham no contenían demasiado misterio. De ellas deducía que algún acaudalado cristiano requería sus servicios. Y, dado que él era un judío converso, un *marrano*, salir del barrio

no le estaba expresamente prohibido. Sin embargo, si algo saliera mal, las consecuencias podrían ser desde una multa hasta la muerte por tormento, el mismo que se utilizaba para extraer confesiones.

Se abstuvieron de intentar cruzar la puerta del muro, una vez vieron que estaba guardada por soldados, y en lugar de ello se internaron por el embrollo de calles que discurrían a la sombra de la muralla.

—¿Quién pregunta por mí?

—El comerciante don Juan Velázquez. ¿Conocéis ese nombre?

Velázquez. No había nadie en Toledo que no lo conociera. Juan Velázquez tenía palacios en casi todos los rincones de España. Su hermano Rodrigo era cardenal del Papa de Aviñón, y se decía que, si el cisma papal pudiera cerrarse y ambos papados llegaran a convertirse en uno, Rodrigo Velázquez —el famoso cardenal de pies descalzos— daría su sangre, o mejor la de mil rivales, para restaurar el poder de la maltrecha y dividida Iglesia.

—Si queréis —ofreció el muchacho—, os llevo hasta la casa.

—No, iré solo —respondió Abraham, sacando una moneda de su bolsa y dándosela al zagal.

—A mí no me da miedo —replicó el chico—. Una vez me quedé hasta el amanecer en el barrio cristiano.

—¿Cómo te llamas?

—Israel Isaac.

Pronunció su nombre bien alto, y cuando sonrió de orgullo, dejó ver el gran hueco que separaba sus dientes. Si nada se hacía con esa boca en breve plazo, toda ella acabaría venciéndose hacia el hueco, como una montaña cuya ladera se excava en demasía, buscando oro. En Montpellier, Abraham había aprendido a realizar una operación muy novedosa. Consistía en implantar dientes de perro o gato en las encías humanas. Algunos cirujanos presumían de que sus implantes podían durar más que lo que vivían los animales de los cuales se habían extraído las piezas.

—Vete ahora a casa —le dijo Abraham gentilmente—. Se necesita más valor para obedecer a los padres y cuidarlos que para andar por los barrios de los cristianos.

El chico miró contrariado a Abraham, pero se dio la vuelta y se marchó.

Abraham se aventuró en las sombras. De niño él también había pasado alguna noche en el barrio cristiano. A veces para afrontar el reto, y otras para robar algo de comida para su madre y él. Sabía que el palacio de Velázquez no estaba lejos de la muralla que separaba a los judíos de los cristianos. Al igual que el palacio de su pariente lejano, Samuel Halevi, el de Velázquez era famoso por sus terrazas ajardinadas; pero, a diferencia de aquel, este tenía espléndidas vistas sobre el río.

Que Velázquez lo hubiera hecho llamar *en secreto* no le causó a Abraham ninguna sorpresa. Porque su hermano Rodrigo, así como Fernando Martínez, confesor de la reina y arzobispo de feroces posturas contra el judaísmo, ya había mostrado su apoyo a la prohibición del Papa respecto a los médicos judíos. Preguntado acerca de qué haría él mismo en caso de enfermedad mortal, el cardenal Rodrigo había contestado: «Es mejor morir que deberle la vida a un judío.»

Al poco tiempo, Abraham llegó al lugar preciso por donde antaño solía escalar la muralla. Estaba en el patio trasero de uno de los almacenes de mercancías que, años antes, pertenecieran a Samuel Halevi. El guarda de dicho almacén seguía siendo un viejo amigo y, en unos instantes, a Abraham le había abierto la puerta para que cruzara un recinto inundado por el olor de exóticas especias y pigmentadas telas. Al escalar el muro, los pies de Abraham encontraron fácilmente las pequeñas oquedades que, a modo de peldaños, él mismo había ayudado a excavar cuando era niño.

El muro era tan grueso que uno podía acostarse en él al llegar arriba. A Abraham le resultó irónico que la ciudad la separase esta inmensa cama de piedra. Pero se detuvo de repente. Antiguos miedos volvían a hacerse presentes y sacó la daga.

Cerró lentamente la palma de su mano, empuñando con fuerza el mango. Era un regalo de su primo Antonio. «Un regalo que debes llevar contigo siempre que vayas al barrio cristiano», le había dicho.

—Como ahora —musitó Abraham. Y, tras pensar esto, saltó los seis metros que lo separaban de la calle. Cruzaba el muro por primera vez desde su vuelta. Un escalofrío de placer recorrió su cuerpo al aterrizar de pies y manos, como un gato, tras ese salto que casi todo niño judío había practicado muchas veces desde pequeño. Al cabo de unos minutos, Abraham Halevi hacía sonar el metal de su daga contra los barrotes de hierro de la verja del palacio de Juan Velázquez.

La puerta cedió sola. Abraham se introdujo por la apertura. Al instante era lanzado contra una pared, mientras un frío acero le presionaba la garganta. Acercaron un candil a su rostro. A su luz, Abraham vio a dos hombres. Un jorobado cuyo sombrero no alcanzaba a taparle la cara, redonda y barbilampiña, y el guardia cuya espada lo mantenía inmóvil, y que era un gigantón con cuello de toro. Bajó la cabeza hacia Abraham. Olía a ajo y a carne quemada. Todo su cuerpo despedía un hedor propio de animal encerrado durante demasiado tiempo.

El jorobado registró a Abraham. Sus manos pronto descubrieron el juego de bisturís que ocultaba bajo el jubón.

—No los toques —advirtió Abraham.

El jorobado, sin dignarse contestar, palpó el morral y los frascos de remedios que contenía.

Abraham levantó violentamente la rodilla y el jorobado fue a parar al suelo. El gigante, asombrado ante semejante osadía, se echó para atrás. Abraham se alejó de la pared y avanzó, internándose en el jardín. Todavía empuñaba su daga y ahora extendía el brazo, haciéndolo sobresalir bajo la manga de su blusón para que la hoja metálica reluciese claramente a la luz de los candiles. El gigante se lanzó en pos de él, blandiendo su espada sin ningún esfuerzo. Cortaba el aire como un ventilador.

A la estela del gigante gateaba el maltrecho jorobado, soltando maldiciones e intentando recuperar el aliento.

—¿Qué hacéis?

Los dos siervos se volvieron inmediatamente al oír la voz de su amo.

—¡Don Juan!

—¿Sois Halevi?

—Sí.

—Y yo Juan Velázquez. Bienvenido de vuelta a Toledo.

El acaudalado comerciante avanzó hasta la luz del candil y Abraham pudo ver a un hombre de mediana edad, alto y corpulento. Su rostro, en contraste con su carnosa figura, era anguloso y rígido. Tenía las mejillas y la barbilla afeitadas, pero lucía un bigote que hacía resaltar su boca ancha y de labios finos. Los ojos, como el pelo, eran muy negros. Permaneció quieto un instante. Sin duda, estaba acostumbrado a causar siempre una fuerte impresión. Luego rodeó los hombros de Abraham con el brazo y lo condujo suavemente hacia la casona. Juan Velázquez tenía fama de cortesano y, mientras avanzaban por un corredor iluminado, Abraham observó su vestido blanco, bordado en oro y adornado con una capa roja. La urgencia médica debía haberle privado de alguna velada importante.

—Perdonaréis mi rudeza, al haberos hecho llamar tan tarde —dijo Velázquez—, pero he tenido a un muchacho procurando encontraros desde el mediodía.

Abraham dudó de su sinceridad. A los comerciantes ricos no les gustaba que viesan entrar en sus casas a médicos judíos. Y un comerciante rico que además tenía un hermano cardenal difícilmente constituiría una excepción a la regla.

—Y también me perdonaréis por alterar vuestros compromisos. Sé que acabáis de volver a Toledo y tendréis muchos amigos a los que atender.

Abraham reprimió una sonrisa irónica. Si Juan Velázquez se parecía en algo a su hermano Rodrigo, el cual predicaba que la respiración de los judíos que rehusaban creer en Cristo

contaminaba hasta el aire, sus deseos acerca de los amigos de Abraham se limitarían a enviarlos a su propio infierno.

–Ben Isaac me dio vuestro nombre.

Era curioso que Velázquez justificara por qué había recurrido al nombre de Halevi, cuando ningún otro médico judío sería lo bastante loco como para adentrarse de noche en barrios cristianos.

–Mi mujer lleva tres días dando a luz. He llamado a las mejores comadronas de la ciudad, pero no me sirven de nada. No tengo hijos. Comprendedme, por favor.

–Os comprendo –aseguró Abraham, entendiendo que, si hubiera que elegir, la vida del niño debería salvarse antes que la de la madre. Un buen sentimiento cristiano que, sin embargo, Abraham nunca había conseguido compartir del todo.

–Ben Isaac ha estado aquí esta tarde. Aseguró que solo había tres opciones.

–¿Cuáles?

–La primera, no hacer nada y confiar en que, quizás, el niño nazca antes de que mi esposa muera en el parto.

«Y que quizás nazca muerto», pensó Abraham.

–La segunda, que un cirujano llegue al útero de mi esposa y... –a Velázquez se le quebró la voz– arranque al niño de sus entrañas para poder sacarlo. En este caso, ella seguramente sobreviviría.

Abraham asintió. Llegar al útero y matar a una criatura viva era un empeño que, a pesar de sus habilidades médicas, se le antojaba terriblemente arduo. Ahora entendía por qué Ben Isaac le había pasado a él el caso. La cirugía era una práctica que aquel médico musulmán se negaba a utilizar. Alegaba que su pulso no era lo bastante bueno, pero Abraham sabía la verdad. Ben Isaac fumaba tanto hachís que involuntariamente causaba con su bisturí innecesarias heridas cuya sangre no podía soportar.

–¿Y la tercera opción? –preguntó Abraham, aunque la conocía de sobra.

–La tercera consiste en que cortéis el útero de mi mujer y saquéis vivo al niño.

Abraham permaneció en silencio.

–Ben Isaac me contó –añadió Velázquez– que Julio Cesar nació así.

–Sí, y su madre murió durante el parto.

–Pero –insistió Velázquez–, ¿no sería más fácil sacar vivo al niño, mientras la madre también permanece con vida?

–¿Cómo sabéis que es un niño?

–Me lo han asegurado las comadronas.

–¿Y cómo lo saben ellas?

Velázquez pareció irritarse un poco.

–¿Cómo sabe uno esas cosas? Os aseguro que, si yo fuese médico, ahora estaríais en casa con vuestra madre y yo estaría cenando con el ministro de la reina, mientras mi hijo mamaba feliz del pecho de su madre.

Cuando Juan Velázquez se casó con su segunda y joven esposa, poco después de que la primera muriese tras veinte años de amarga esterilidad, se dijo que la harina usada para los pasteles de boda podría haber alimentado a todo Toledo durante una semana.

Mientras hablaban, llegaron a una puerta. Velázquez la abrió. Al fondo de un dormitorio lo suficientemente grande como para ser un salón de baile había una cama con dosel adornada con tejidos hilados en oro que reflejaban la luz de las velas. Guiado por Velázquez, Abraham se aproximó al lecho. De repente, dos mujeres emergieron de las sombras. El médico las reconoció al instante. Sonreían servilmente y se esforzaban en causar agrado.

–Doctor Halevi –dijo Velázquez–, os presento a las mejores comadronas de Toledo.

Las viejas se regocijaron nerviosamente. Era costumbre que los ricos recompensasen a las comadronas cuando su labor concluía con éxito. Pero, en caso contrario, la mala fortuna de sus pacientes podía alcanzarlas a ellas.

—Tal vez estas mujeres puedan dar cuenta al doctor del problema que impide el nacimiento de mi hijo.

—Excusadme —le rogó Abraham mientras se apartaba un poco de Velázquez para hablar a solas con ellas. Llevaban noches enteras atendiendo a doña Isabel; tenían los ojos enrojecidos y las arrugas ahondadas por la fatiga. Eran hermanas: las señoras Cisco.

La mayor siempre llevaba la voz cantante. Se apoyó lastimosamente en el brazo de Abraham.

—Demasiado flaca. El señor Velázquez es un hombre muy grande, pero la señora está más delgada que una planta de alubias viviendo en pleno desierto.

—Muchas mujeres delgadas tienen hijos.

—Pero el niño viene atravesado —protestó la comadrona—. No se puede hacer pasar un carro atravesado por una puerta estrecha.

—¿Han intentado darle la vuelta?

—Tres días lo venimos haciendo.

—¿Y la abertura?

La comadrona estiró dos dedos, manteniéndolos muy juntos.

—No es ni siquiera una ventana, menos una puerta.

—¿Qué hizo hoy Ben Isaac?

—Hizo preguntas, como usted. Después consultó sus cartas de astrología y le dio a la señora una poción de aceite de girasol.

—¿Causó efecto?

—Se le puso la tripa más dura que una piedra. Después consiguió empujar con fuerza durante más de una hora. Ben Isaac intentó entonces colocar al niño, pero no logró nada. Luego volvió a consultar sus cartas y dijo al señor Velázquez que os mandara llamar, porque haríais una operación milagrosa que salvaría a la madre y a la criatura.

—Ben Isaac tiene mucha fe —contestó secamente Abraham. Sabía que todas aquellas cartas eran solo un truco teatral que Ben Isaac reservaba para sus pacientes ricos.

—Sí, doctor.

Abraham volvió al centro de la habitación, donde Velázquez lo esperaba con gran impaciencia.

—Han hecho todo lo que podían —le informó Abraham.

Velázquez miró a las hermanas comadronas como si fueran un par de perros callejeros a los que estuviese a punto de patear. Ellas se refugiaron en la sombras. Satisfecho de haberlas asustado, cogió a Abraham por el brazo y lo llevó hasta la cama. Sobre ella había un crucifijo de oro. La herida del costado del Señor estaba conformada por diminutos rubíes. Representaban un hilo de sangre brillante que descendía hasta el faldoncillo, hecho de oro. Sentada bajo el pequeño altar, asiendo la mano de la esposa de Juan Velázquez, había una anciana vestida de negro y cubierta con un velo. Era la madre de Isabel.

A pesar de las decenas de velas, las gruesas paredes de piedra absorbían la mayor parte de la luz. Abraham casi tuvo que subirse a la cama para distinguir el rostro de su paciente: doña Isabel Gana de Velázquez. Cuando se inclinó sobre ella, la presencia de su madre y de su marido desaparecieron de la mente del médico. Los ojos de Isabel eran grises y no reflejaban esperanza alguna. Su piel de marfil había adquirido un tono pardo y estaba cubierta de capas de sudor, tras los violentos esfuerzos. Los hoyuelos de sus mejillas se habían convertido en oscuras cavidades que presagiaban la muerte.

Abraham corrió las cortinas del dosel, encerrándose a solas con la enferma, *su* enferma. Sonrió, intentando infundirle seguridad. Pero, aunque los labios de ella se combaron, era imposible saber si le estaba devolviendo la sonrisa o simplemente hacía un gesto de rendición total.

—¿Puedo? Por favor, perdonadme —murmuró Abraham mientras retiraba la sábana que cubría el vientre de la señora Velázquez.

Lo primero que vio es que, sobre su ombligo hinchado, en la parte más elevada del cuerpo, habían puesto el ojo de un animal.

Sin duda era cosa de las comadronas. Creían que el ojo de una liebre, extraído en marzo y secado en pimienta, tenía el poder de hacer salir a los bebés difíciles de parir. Cada primavera cientos de conejos caían víctimas de esta superstición y agonizaban en las trampas preparadas por mujeres, en general mayores, que escalaban religiosamente las rocas a ambas orillas del río, intentando granjearse el suministro de ojos para el año siguiente. Estas mismas mujeres estaban convencidas de que, si una pareja encontraba impedimentos para concebir –y por lo tanto dejaba a las comadronas con un montón de insertibles ojos metidos en jarros de pimienta–, las partes íntimas de los cónyuges debían cubrirse con vello pubiano de lobo.

Abraham retiró el ojo de liebre de la blanca y tersa piel. Tantos meses en pimienta le habían dado un aspecto tan seco y siniestro que, con toda seguridad, el ojo asustaría y disuadiría de venir al mundo a cualquier niño lo bastante infortunado como para intuir su presencia al otro lado de las paredes del útero. Los músculos del vientre de Isabel se contrajeron, empujando al niño arriba y abajo, cual pelota que se resistiese a ser lanzada.

Abraham palpó la zona hinchada. El útero estaba distendido con la criatura dentro. Tal como habían anticipado las comadronas, el niño venía de lado, pero seguía vivo. Abraham lo sintió moverse bajo la palma de su mano.

Las cortinas del dosel se abrieron y Velázquez entró en el íntimo recinto.

–¿Practicaréis la operación?

–Es muy peligroso, no puedo asegurar llevarla a buen fin.

–Solo Dios hace milagros –afirmó Velázquez, en tono práctico, dando a entender que su hermano ya había cursado las solicitudes adecuadas.

–La paciente debe dar su consentimiento.

–Ella consiente.

Abraham miró a la señora de Velázquez. Asentía con la cabeza. Antes de que pudiese hablar, el dolor de una nueva contracción le hizo morderse los labios.

—Con la ayuda de Dios —anunció Abraham— lo intentaré.

Salieron del espacio entre las cortinas y el médico pidió agua hirviendo, un brasero de carbón, un hierro cauterizante, una botella de vino y abundantes paños limpios para enjuagar sangre.

—¿Aviso a un sacerdote?

La voz de Velázquez pasó súbitamente de ser la de un poderoso mercader a parecer la de un chiquillo asustado.

—Todavía no. El niño aún no está listo para el bautizo.

Mientras Velázquez ordenaba a las comadronas que trajesen lo necesario, Abraham acercó una mesita a la cama y, sobre ella, colocó cuidadosamente sus bisturís, todos ellos comprados en Montpellier, así como los fármacos preparados por Ben Isaac.

Abraham no tenía la menor idea de dónde conseguía el anciano sus pócimas. Pero Ben Isaac, con todas sus manías supersticiosas y su cínico sentido del humor, hacía los mejores calmantes, somníferos y remedios de Toledo. Y de buen grado se los suministraba a Abraham, a cambio de que este realizase los trabajos quirúrgicos que a él tanto le desagradaban.

Abraham vació un cuarto de un frasquito de polvos en un vaso de vino. Quería forzar a Isabel a dormirse lo bastante profundamente para que no sintiera dolor, pero sin excederse un ápice, ya que mucho anestésico mataría al feto.

—Por supuesto —le había confesado Ben Isaac—, yo mismo he probado todos los compuestos. —Y, sonriente, había añadido—: Pero prefiero el hachís, porque permite disfrutar de los sueños, permaneciendo consciente.

Había otra poción que Ben Isaac le había entregado a Abraham. Una que servía para que el paciente olvidase todo el dolor sufrido, aunque durante la operación realmente padeciese una auténtica agonía. El viejo doctor, que había aprendido su oficio atendiendo a los soldados de las guerras en los reinos del sur, le describió cómo había practicado una amputación, mientras el herido aullaba y suplicaba que no le cortasen la pierna, al son de la sierra seccionando el hueso.